

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José y AMORES FUSTER, Miguel. *La ciencia literaria en tiempos de Juan Andrés (1740-1817)*. Madrid: Visor Libros, 2019, 540 pp.

El legado literario y científico del abate Juan Andrés y Morell (Planes, 1740-Roma, 1817) trasciende el texto que, con frecuencia y con justicia, es saludado como su *magnum opus*, los siete volúmenes de *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (1782-1799). Obra monumental esta que, sin embargo, no debe eclipsar la vasta producción intelectual que el jesuita expulsado consagró al saber científico de su tiempo y que le convirtió en una de las personalidades más relevantes de la historia del pensamiento de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Motivados por esta necesidad de visitar la ingente labor intelectual del abate, María José Rodríguez Sánchez de León y Miguel Amores Fuster ofrecen un volumen monográfico que, a través de las aportaciones de especialistas en la obra de Juan Andrés y en la literatura y ciencia del siglo XVIII, recorre la trayectoria personal y profesional del erudito valenciano a la luz del quehacer científico de la Europa del Setecientos.

La primera de las cinco secciones en que se organiza el volumen, titulada «Juan Andrés y la erudición ilustrada», está dedicada a revisar la labor bibliográfica e historiográfica del abate y su recepción en los circuitos intelectuales europeos. Así, Joaquín Álvarez Barrientos en el estudio que convenientemente inaugura el volumen, «La profesión de las letras: el erudito Juan Andrés», se hará eco de la popularidad del jesuita

integrándola en los esquemas intelectuales y sociales de la época. El punto de partida será, pues, el estudio de la progresiva construcción de la imagen de Andrés como un «héroe literario» (p. 17) a través de fructíferos intercambios epistolares con otros intelectuales y de una extensa red de conocidos a lo largo y ancho de la República Literaria europea. Juan Andrés, menos cercano al enciclopedismo dieciochesco que al espíritu humanista, será retratado por Álvarez Barrientos como uno de los últimos representantes de una erudición que, entendida según el modelo humanista totalizador a ojos del cual todas las ciencias estaban relacionadas, no tardaría en verse desprestigiada en beneficio de la especialización y de un saber cada vez más compartimentado.

Profundizando en esta faceta de «polihistoriador» (p. 16) del abate Andrés, y como testimonio de su influencia en el pensamiento europeo, el artículo de Niccolò Guasti «Juan Andrés y Galileo» se hace cargo del *Saggio della filosofia del Galileo* (1776), uno de los primeros tratados procedentes del ámbito jesuítico en abordar la controvertida figura del astrónomo italiano. Aunque el *Saggio* no es un mero elogio de la figura del astrónomo sino más bien un sumario de su filosofía natural, servirá fundamentalmente para vindicar la figura de dos científicos católicos, Copérnico y Galileo, como verdaderos fundadores de la filosofía moderna por delante de Bacon, Newton y Descartes, que eran reivindicados por los *philosophes* franceses. Así, siguiendo a Guasti, se hace evidente el carácter «misógalo» del tratado (p. 55) en el que, a través de la defensa de la labor científica de Galileo,

se lleva a cabo una apología de la cultura italiana sobre la francesa.

En este sentido, conviene recordar que Italia fue la patria de acogida de Andrés tras la expulsión de los jesuitas de la península en 1767 y que fue allí donde, en palabras del abate, pasó los mejores años de su vida (p. 71). En su artículo «Juan Andrés bibliotecario», Paolo Tinti repasa esta etapa de la vida del preceptor valenciano deteniéndose, en primer lugar, en su labor en la biblioteca privada de los marqueses Bianchi en Mantua y, después, en su trabajo como director en la Real Biblioteca del colegio partenopeo, donde alcanzó la madurez en materia de labores bibliográficas y de catalogación.

La primera parte de la monografía concluye con un estudio de Noelia López Souto sobre la gestación de la obra más célebre de Andrés, el *Dell'origine*. En «Juan Andrés en la imprenta dirigida por G. B. Bodoni: la publicación de *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura*», defiende que «el abate Juan Andrés fue publicado en (y por) la Stamperia Reale, pero no por Giambattista Bodoni» (p. 121), una audaz afirmación que nace del análisis pormenorizado del escueto pero revelador epistolario que ambos compartieron durante la edición de la obra entre 1792 y 1799.

Si la primera sección de la monografía nos ofrecía una semblanza de la vida y obra del abate con especial interés por la repercusión de sus textos en Europa, la segunda, titulada «La hermenéutica y la crítica literarias», ampliará el radio de acción para revisar la labor científica y literaria de algunos

contemporáneos de Andrés. Tal es la propuesta de Antonio de Murcia Conesa quien revisa los esfuerzos de George Friedrich Meier por desterrar la perspectiva metafísica del arte de la interpretación en favor de una aproximación antropológica. Asimismo, el artículo de María Ángeles Recio Ariza se adentra en el pensamiento de otro filósofo alemán estrechamente vinculado a la hermenéutica, Friedrich Ast, discípulo de Schelling y representante del paso de la hermenéutica de la Ilustración a la hermenéutica del Romanticismo. En concreto, Recio Ariza se detiene en la problemática que supondría la traducción al español de la parte de Hermenéutica y Crítica de la obra de Ast *Grundlinien der Grammatik, Hermeneutik und Kritik*, publicada en 1808.

El pensamiento de Meier y Ast dialoga con las inquietudes científicas y hermenéuticas del propio Juan Andrés, tal y como pone de manifiesto María José Rodríguez Sánchez de León en su artículo «El conocimiento científico y la comprensión hermenéutica y crítica de la literatura: la propuesta de Juan Andrés». Con una visión de lo contingente más aguda que la de sus contemporáneos alemanes, la *Disertación sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos*, impresa en 1779, parte del establecimiento de una metodología crítica con respecto a los estudios literarios (apelación a los clásicos como vías de acceso al conocimiento, formulación de hipótesis, defensa de la observación por encima de la experimentación y las operaciones analíticas) que concluye con la reivindicación de un saber resolutivo.

La segunda parte se completa con la revisión de dos obras nacidas de polémicas literarias. En «Lectura y sensibilidad: *Elogio de Richardson* por Denis Diderot», García Cela aborda la célebre alabanza de *Clarisse Harlowe* (1748) por parte del filósofo francés quien, lejos de elaborar «un ejercicio crítico al uso», se afana por desplazar «el acento hacia la lectura construyendo una representación, una dramatización de sus efectos sobre el lector» (p. 197). Laureano Núñez García, por su parte, revisa el *Discorso sopra le vicende della letteratura*, que el abate piemontés Carlo Denina dio a la imprenta en 1760, obra en que se incluye una insólita defensa de la producción literaria española de los siglos XVI y XVII. Frente a la hostilidad con que los eruditos italianos se aproximaban a las letras españolas, denunciando la influencia del barroco hispano como causa de la decadencia de la literatura italiana, el abate Denina defenderá la primacía de la novela española sobre la italiana en lo que Núñez García contempla como un temprano ejemplo de literatura comparada.

La tercera sección, «La historiografía literaria de los jesuitas expulsos», profundiza en los orígenes dieciochescos de los estudios histórico-literarios. Algo que cobra especial relevancia en el artículo de Jesús Cañas Murillo titulado «En las bases para una historiografía literaria de la Ilustración: Juan Andrés según Hervás, Sempere y Scotti», en el que, a través de los testimonios sobre la recepción de la obra del abate que pueden encontrarse en los textos de estos tres célebres eruditos, nos aproximaremos a los orígenes de la historiografía literaria científica. Tres retratos

bio-bibliográficos de Juan Andrés entre los que, a juicio de Cañas Murillo, destaca el del paleógrafo italiano Angelo Antonio Scotti por su rigor y prolijidad.

El propio Juan Andrés no sería ajeno a este interés por lo histórico que, en el siglo XVIII, se dio desde todos los ámbitos del conocimiento. De hecho, el abate también contribuiría, particularmente con la elaboración del *Dell'origine*, a la consolidación de la historiografía y la crítica literarias, tal y como queda documentado en el estudio de Rosa María Aradra Sánchez titulado «Juan Andrés y la noción de progreso en los inicios de la historia literaria española». Esta revaluación de la literatura y de la ciencia de la antigüedad está inevitablemente ligada a la reflexión sobre el progreso, harto habitual en el pensamiento ilustrado, y que, para Juan Andrés, está vinculado a la percepción de decadencia y de atraso científico.

Asimismo, los estudios de Neus Ortega Molinos y de Franco Quinziano subrayarán el valor historiográfico de los textos del abate. En el primer caso, Ortega Molinos revisa la figura de Voltaire en la obra de Andrés, quien, a pesar de reconocer la importancia del teatro y de la labor crítica del escritor francés, le reprocha el tono pedagógico de sus obras literarias, su irreligiosidad y la vaguedad con la que escribe ciertos pasajes. Franco Quinziano, por su parte, examinará la recepción del *Quijote* por el jesuita expulsado, obra que merece ser alabada por haber puesto «en ridículo las extravagancias y necedades que con tanto placer se leían en las novelas de caballerías» (p. 331). Modelo de perfección estética, la obra de Cervantes es, para el

abate, ejemplo de una nueva forma de novelar que, con una aplicación moral, puede resultar útil para instruir a la juventud en los valores acordes a la moral y a los principios católicos.

La tercera sección concluye con dos trabajos que, aunque alejados de la figura de Juan Andrés, completan esta visión panorámica sobre el nacimiento de la historiografía literaria en España. En primer lugar, María Jesús Framiñán de Miguel se aproxima a la figura del humanista Luis Vives en el *Saggio storico-apologetico della Letteratura Spagnuola* (1782-1786) del jesuita Francisco Javier Lampillas. En esta respuesta a las críticas hacia el legado literario español por parte de algunos escritores italianos, Lampillas elabora un elogioso retrato de Vives recogiendo los testimonios que daban cuenta de la fama internacional del humanista español. Por último, en «Historia literaria y censura previa: consideraciones teóricas (1770)», Eva Velasco Moreno revisará los criterios que seguía el Consejo Real para censurar las obras historiográficas, cuyos requisitos principales eran la utilidad del texto, su claridad y la novedad e importancia de sus descubrimientos.

La cuarta sección, titulada «Poética, traducción y literatura», se abre con un análisis de Miguel Amores Fuster sobre la influencia dieciochesca en el realismo cientificista del siglo XIX. El realismo, en tanto que «constante literaria transversal» (p. 380), es decir, en tanto que modo de expresión que se ha dado en todas las épocas, trasciende el sentido histórico que normalmente se le atribuye al término y que lo convierte en una manifestación exclusiva del siglo XIX. Así, Amores Fuster localiza

en los tratados estéticos de Batteaux, Diderot y, sobre todo, en el de Mendehlson a los precedentes teóricos del realismo de la escuela de Zola, pues en ellos empieza a adquirir importancia la subjetividad del autor y del público en torno a la imitación de la realidad.

Dentro de esta sección encontramos dos estudios sobre dos dramaturgos que han merecido poca atención por parte de la crítica. En primer lugar, Guillermo Carnero nos introducirá en el teatro del jesuita valenciano Manuel Lassala, ingenio conservador que se mantuvo fiel a los principios neoaristotélicos y neohoracianos. Por otro lado, Alberto Escalante Varona estudiará las últimas producciones dramáticas de Manuel Fermín de Laviano, *Al deshonor heredado vence el honor adquirido* (1787) y el *Sigerico* (1788), dos piezas cuyo esfuerzo económico y creativo no se vio recompensado, pues resultaron importantes fracasos de crítica y público. Dos fracasos que, sumados al desprestigio del dramaturgo, pudieron causar, según Escalante Varona, el cese abrupto de su producción en 1790.

Ismael López Martín también llamará la atención sobre un texto poco estudiado, en este caso divulgativo: la *Gazeta de los niños*, publicación periódica orientada al público infantil y juvenil dirigida por los hermanos don José y don Bernabé Canga Argüelles y de la que solo llegaron a hacerse dos publicaciones entre 1798 y 1800. En su artículo «Literatura y ciencia en la *Gazeta de los niños*», López Martín repasará las enseñanzas de esta revista que, ante todo, es testimonio de «una modernización en el concepto de la infancia» (p.

451) posibilitada por el desarrollo de la pedagogía.

En esta línea de investigaciones concretas, el estudio de Beatriz de la Fuente Marina «Andar como ellos andan: imágenes dieciochistas sobre la traducción y el plurilingüismo» cerrará la cuarta sección. En él, De la Fuente se hace eco de la enorme proliferación de traducciones que se dieron durante el siglo XVIII y recopila símiles, imágenes y metáforas (generalmente degradantes) asociados con esta labor (la identificación del traductor con diversos animales o la de la traducción con una amenazadora pandemia son tan solo unos ejemplos).

La quinta y última sección, «Crítica y ciencia», se compone de dos artículos dedicados a revisar el papel de la ciencia española en el contexto europeo. El estudio de Fermín del Pino Díaz, «La obra científica de los ilustrados valencianos Muñoz y Cavanilles ante la crítica del jesuita Juan Andrés», examinará la elaboración de la *Historia del Nuevo Mundo* (1793) de Juan Bautista Muñoz y la respuesta de Antonio José de Cavanilles a las críticas de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica*, así

como la relación epistolar que los dos naturalistas mantenían con Juan Andrés, y su conciencia de formar parte, desde el exilio, de una república literaria hispana.

En la misma línea, el artículo de María Dolores Gimeno Puyol «Críticas y autocensura en la América contada por Félix de Azara» se aproximará a la difusión y recepción de los trabajos del naturalista y antropólogo oscense en Europa. La obra de Azara reviste especial interés por la polémica que suscitó su revisión crítica a la *Historia natural* (1749-1788) de Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, y la autocensura a la que se sometió el naturalista español para evitar las críticas provenientes de Francia e Italia.

Todos estos trabajos conforman una visión panorámica de la labor literaria, historiográfica y científica del abate Andrés y sus contemporáneos, cuyas aportaciones al saber ilustrado son el fundamento de la Modernidad, que progresivamente se instauraba en el ámbito de los estudios críticos y literarios.

Pablo MARTÍN GONZÁLEZ